

PATRIOTISMO Y UNIVERSALIDAD

1. MacIntyre y el patriotismo

En esta contribución a la XXXV Semana Tomista quisiera presentar algunos comentarios acerca del escrito de Alasdair MacIntyre *Is Patriotism a Virtue?*¹. La conferencia de MacIntyre, pronunciada en 1984, plantea una disyuntiva entre la visión que este autor denomina “liberal”, que en realidad corresponde más exactamente a lo que solemos entender por racionalismo, y otra llamada “comunitarismo” (aunque este artículo no emplea aquí tal denominación), en la que se insiste en la radicación de las personas en comunidades históricas concretas esenciales para su desenvolvimiento moral.

La postura “liberal” (me adecuó a la terminología de MacIntyre, muy difundida en la filosofía política americana) concibe a la razón como una instancia abstracta e independiente de la historia. Sería el caso, por ejemplo, de la razón kantiana y, en general, de los ideales del enciclopedismo, que han influido mucho en la creación de los Estados modernos como consecuencia de las grandes revoluciones de la modernidad (revolución americana, revolución francesa y, en otro sentido, revolución bolchevique²). Una continuación de esta visión racionalista universal sería la ética política de Rawls, vista como una forma de individualismo neokantiano.

La posición comunitarista, en cambio, aunque es muy variada según los autores, insiste en los valores morales de la tradición y el pueblo en que las personas son educadas, desconfiando de la razón abstracta desencarnada e intelectualista³. MacIntyre, a lo largo de su trayectoria, sostuvo un comunitarismo que podríamos llamar “aristotélico”, en cuanto él ve un valor moral formativo sólo en las comunidades virtuosas, en las que las cosas se aprenden de maestros, padres, gente de bien, escuelas de virtud, y no en códigos abstractos y científicos.

¹ Cfr. A. MacIntyre, *Is Patriotism a Virtue?*, The Lindley Lecture, University of Kansas, 1984.

² El totalitarismo soviético no tenía nada de liberal. Sin embargo, fue un producto de la modernidad y de su propia dialéctica. En este trabajo entiendo por “modernidad” la visión filosófica racionalista moderna, aun reconociendo que pueden darse otras nociones más flexibles de modernidad.

³ El comunitarismo (M. Sandel, A. MacIntyre, Ch. Taylor, M. Walzer, etc.) como filosofía política es un movimiento surgido en los Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XX. Es difícil de encuadrar. Su rasgo más claro es la crítica al liberalismo, especialmente a la filosofía de Rawls. Nada tiene que ver con el socialismo, en cuanto éste se encasilla más bien en la “modernidad” criticada por los comunitaristas.

De este modo, la crítica de MacIntyre al “liberalismo” es una crítica rotunda a toda la modernidad racionalista.

La aplicación de esta dualidad de posiciones al tema del patriotismo es esencial y algo compleja, como puede verse en el artículo de MacIntyre. Para el “liberalismo”, el patriotismo no sería, sin más, una virtud. El patriotismo en algunos casos podría ser sospechoso, en cuanto la adhesión a la propia nación fácilmente degenera en “partidismo” y así se pondrá en conflicto con los valores morales de la razón universal abstracta. Un verdadero “liberal” inglés debería ser crítico ante las injusticias que supone el expansionismo imperial de Inglaterra en el siglo XIX, y así en casos similares (especialmente en las guerras, conquistas, imperialismo, colonialismo). La posición contraria, que MacIntyre no llama en este artículo “comunitarismo” (realmente lo es), sino “moralidad del patriotismo”, estima en cambio que los ideales morales se dan a las personas *particularizados en una cultura y tradición*, por lo que el patriotismo, como la fidelidad a los padres o a la familia, aparece como un deber incondicional, que no puede ser criticado por una racionalidad abstracta. El americano tiene que ser fiel a sus tradiciones, el francés a las suyas, el indio a las suyas, y así siguiendo.

En este artículo MacIntyre argumenta de modo dialéctico⁴, sin asumir una posición neta. Él hace notar que el “margen de auto-crítica” de un representante de la “moralidad del patriotismo” (léase: “comunitarismo”) estaría en que el patriota podría denunciar el *status quo* del país en que vive en función de un *proyecto de nación* que quizá existió al principio y luego se desvió, o que a lo mejor es futuro, así como mucha gente fue patriota de naciones sólo más tarde independizadas.

El artículo de MacIntyre considera problemas ciertamente delicados en este contexto, como el conflicto de un soldado al servicio de una guerra percibida como injusta, con el riesgo de parecer “anti-patriota”, o más en concreto el de patriotas alemanes que sufrían una tensión personal entre el amor a su país en guerra y la identificación de la causa nazi con el patriotismo, o el de soldados judíos alemanes condecorados con la cruz de hierro y que luego, pese a su fidelidad patriota, fueron perseguidos.

⁴ El artículo de MacIntyre, que recoge su conferencia en la Universidad de Kansas en 1984, pertenece ya a su periodo de acercamiento al aristotelismo (*After Virtue*, su obra más conocida, fue publicada en 1981). MacIntyre en sus primeros años fue marxista y se convirtió al catolicismo a principios de la década de los 80.

Para MacIntyre las dos posiciones presentadas son incompatibles, y en este artículo él no define cuál sea la mejor, si bien está claramente insatisfecho con la visión liberal, que acaba por reducir el patriotismo a una actitud peligrosa o a una fuente de frecuentes injusticias⁵. En su contraposición dialéctica, MacIntyre señala que para un “liberal abstracto” la defensa del patriotismo incondicional sería algo irracional. Para el “moralista del patriotismo”, por su parte, la posición liberal subestima la importancia de la pertenencia de la persona a una comunidad en la que él forjó su personalidad moral, reduciéndola a una mera circunstancia accidental⁶.

La postura de MacIntyre, por otra parte, es extremadamente crítica con respecto a las formas socio-políticas modernas, no correspondientes a la “comunidad” en la que él piensa cuando habla de vínculos moralmente fuertes con la nación o con la patria. El patriotismo tiene sentido, para la “moralidad del patriotismo”, *sólo si se vive en una auténtica comunidad*. Si una nación reniega de su historia o la sustituye con una historia ficticia, o si en ella se viven relaciones basadas en el juego entre los intereses egoístas de cada uno, como sucede en todos los estados modernos burocráticos, entonces se ha producido un colapso de la nación, que *ya no es una comunidad*. Con pesimismo, MacIntyre constata que los estados modernos “tienden hacia una condición en la que ya no habría lugar para una genuina moralidad del patriotismo, y lo que desfila como patriotismo no sería más que un injustificable simulacro”⁷. Podemos teorizar mucho sobre el patriotismo, pero la historia va por delante, como Aristóteles justifica el amor a la *pólis* en una época en que la *pólis* ya había dejado de ser la institución clave de la política griega.

Probablemente MacIntyre está pensando en comunidades “virtuosas” un poco idealizadas, o quizá en fenómenos comunitarios locales pequeños (grupos de filósofos éticos, comunidades religiosas), porque me parece difícil encontrar en las grandes naciones históricas

⁵ I. Primoratz, en la voz *Patriotism* de la “Stanford Encyclopedia of Philosophy” (<http://plato.stanford.edu/entries/patriotism/>, 2009), comenta que la posición de MacIntyre defiende un “patriotismo robusto”, criticado por otros autores que, en cambio, han propuesto un “patriotismo moderado”, como St. Nathanson o M. Baron (tampoco Primoratz está de acuerdo con MacIntyre).

⁶ MacIntyre reconoce que en la visión cristiana y en los que admiten la ley natural tal como la entiende Santo Tomás es posible ser patriotas y a la vez críticos ante algunos aspectos de la propia nación o cultura. Pero no se detiene en este punto (cfr. *Is Patriotism a Virtue?*, cit., p. 15).

⁷ A. MacIntyre, *Is Patriotism a Virtue?*, cit., p. 17.

méritos que satisfagan las condiciones que legitimen para este autor los lazos patrióticos auténticos⁸.

La visión crítica de MacIntyre se hace más dura en la parte final de su disertación. Allí afirma que los estados modernos nacidos de las revoluciones americana y francesa (pienso que debería incluir también la bolchevique), que han tendido a hacer coincidir sus formas institucionales *con las reglas de la moralidad como tal*, crearon una falsa retórica de auto-justificación y produjeron una identificación *paradójica* entre el liberalismo (léase “racionalismo”) y el patriotismo más incondicional y por tanto más peligroso, cosa que MacIntyre llama una “incoherencia sistemática”⁹. Esto supone, añadido personalmente, que la misión universal a la que estas naciones estarían llamadas se concebía como una exigencia de la racionalidad de la humanidad, lo que habría de justificar no pocas injusticias de cara a otras culturas o naciones¹⁰.

2. El patriotismo como virtud política y su apertura a la universalidad

La posición de MacIntyre, aunque aguda y correcta en muchos aspectos, no acaba de dar una visión satisfactoria del patriotismo. Con independencia de las plasmaciones históricas contingentes de lo que es un pueblo, una nación, una comunidad civil, un estado federal, etc., resulta más sencillo asumir el patriotismo como una virtud política o social que supone el amor afectivo y efectivo, con lo que implica de sacrificio y preocupación y no de mero cumplimiento formal de leyes, a la comunidad real en la que uno está arraigado y en la que normalmente se ha originado. Ese amor, por tanto, a la “patria”, que para Santo Tomás es una parte de la virtud de la *pietas* (unido al amor a la propia familia)¹¹, comporta una adhesión de nuestra inteligencia y voluntad al bien común, que siempre es más alto que el bien propio,

⁸ La exigencia de virtud aristotélica de MacIntyre es esencial en su visión comunitarista anclada en la tradición, la historia y la “actuación narrativa” (*enactive narrative*) de cada persona en interacción, como si se tratara de una obra de teatro, con las “actuaciones narrativas de otros caracteres” en el escenario trágico, cómico o épico de una historia comunitaria (cfr. *ibid.*, p. 16). Esta legitimación moral del patriotismo excluye que el comunitarismo de MacIntyre pueda relacionarse, como a veces han hecho los críticos, con el fascismo o el nacional-nacionalismo. Los nacionalismos modernos, como el movimiento fascista, fundaban el patriotismo en un reclamo a valores históricos cercanos a Hegel y al romanticismo alemán. Son movimientos que pertenecen a la modernidad criticada por MacIntyre, situada en el polo opuesto del aristotelismo, o del aristotelismo unido a la fe cristiana.

⁹ Cfr. A. MacIntyre, *Is Patriotism a Virtue?*, cit., p. 19.

¹⁰ Esto sucedió en grado máximo en la Unión Soviética, cuyo intereses se suponía “coincidían” con el internacionalismo comunista, justificando así un duro nacionalismo ruso contrastado con los derechos de otros pueblos, so pretexto de “internacionalismo”.

¹¹ Cfr. Santo Tomás, *S. Th.*, II-II, q. 101, a.1.

aunque incluye y no elimina a este último¹². Los sacrificios personales, en una visión trascendente no materialista, aunque exijan recortar algo del bien propio en aras a un mejor servicio al bien común, en definitiva no lesionan sino que acentúan más el bien de la persona.

El amor a la patria, entendido como ordenación al bien común de la sociedad en que vivimos y a la que tenemos que servir, se coloca en una posición análoga a la del amor a la familia, a la institución o empresa en que trabajamos, o a la asociación en la que eventualmente participamos. Ciertamente el grado de identificación personal con estos distintos grupos en los que intervenimos, y que exigen “lealtades plurales”, puede variar según las circunstancias. Sobre una persona puede recaer de modo más intenso la responsabilidad de una familia, o de una institución, o de la patria en general (como puede suceder en un político o en un militar). Estas distintas “lealtades”, como siempre sucede en las virtudes, implican un justo término medio entre dos extremos. Los extremos falsos del patriotismo son el desinterés por la propia nación o, por el contrario, la idolatría de la patria, que hace de ésta un bien absoluto, cosa desordenada y opuesta a la tensión del hombre hacia la armonía con respecto a los demás bienes creados y sobre todo a su fin último, que es Dios. Con la noción aristotélica de *justo medio* se pueden solucionar muchas de las dificultades señaladas por MacIntyre en su discusión dialéctica.

El planteamiento que acabo de exponer no simplifica las cosas. En muchos casos pueden surgir conflictos morales serios, que ni siquiera las normas éticas, atentas sólo a lo mínimo imprescindible para evitar la injusticia, pueden cubrir, pues muchas dificultades tienen que solucionarse con decisiones prudenciales a veces optativas y que pueden exigir sacrificios y renunciaciones en unos y otros, sacrificios que se han de valorar en cada caso. En algunas situaciones concretas cierto deber cívico o militar puede tener una urgencia o una importancia que implique algunas renunciaciones familiares, o al revés. A veces tendremos que pedir a amigos, colegas o familiares con quienes tenemos deberes de solidaridad que “prescindan de nuestra presencia” porque tendremos que ocuparnos de otras cosas más importantes, siempre que esto no sea una excusa para justificar la dejadez o la falta de empeño. Pero no hace falta plantear estos conflictos en un escenario dialéctico. En muchas ocasiones, la dedicación intensiva a un bien propio o social (familiar, cívico, militar, religioso), aunque en apariencia coarte el servicio a otros sectores, en conjunto refuerza el

¹² Cfr. Santo Tomás, *S. Th.*, I, q. 60, a. 5; I-II, q. 21, a. 3; II-II, q. 47, a. 10, ad 2.

bien común general. Recordemos, además, que el mejor modo de servir al bien común es realizar lo mejor posible todo lo que atañe al bien propio en cierta esfera particular. Al servir al bien familiar o de una empresa, se está colaborando óptimamente con el bien de la patria, y no hay otro modo de hacerlo en una sociedad compleja en donde cada parte tiene que realizar bien su función¹³.

La recta comprensión de estos puntos exige como fundamento una concepción social integrativa y no dialéctica o conflictiva por sistema. Si, en cambio, pensamos a la sociedad internacional en términos competitivos, entonces el patriotismo se transforma en “partidismo”, semejante a la defensa pasional del propio equipo deportivo, cuya victoria significa por fuerza la derrota de los demás. Esto está bien en los juegos, pero no en la sociedad y en las relaciones internacionales. Por desgracia la historia moderna, teorizada por las filosofías racionalistas de la modernidad, es testimonio de un dinamismo conflictivo en el que el empuje hacia delante de una nación suele vivirse ignorando o compitiendo con los intereses de otras naciones, especialmente en los juegos de alianzas de unos con otros (las guerras europeas y mundiales se entienden sólo bajo esta lógica). Naturalmente, si el bien común se ve centrado principalmente en los beneficios materiales, esta visión conflictiva es casi inevitable¹⁴. Esta visión conflictiva es profundamente anticristiana (es pagana) y se vuelve mucho más peligrosa, como señalaba MacIntyre, cuando se pretende que el bien común nacional *sea* el bien universal *tout court* (“somos los mejores”).

Pero la posición “comunitarista” de MacIntyre tiene el riesgo de ser entendida de un modo historicista. Es cierto que la moral se nos da siempre *encarnada* en una tradición, pero la razón humana, en su apertura al bien y a la verdad universal, *trasciende las diversas encarnaciones* y así encuentra valores y verdades en otras culturas y tradiciones. Sólo hay una “encarnación” intrascendible, y es la Encarnación del Hijo de Dios, cuyo valor es absolutamente universal y *exclusivo*. Cristo no viene a enseñar una verdad que lo trascienda, sino que *es* la misma Verdad personificada. Este punto no podrá ser aceptado ni por el racionalismo “universalizante”, ni por el relativismo histórico. La tradición cristiana, por otra

¹³ Cfr., al respecto, la noción de patriotismo como *participación comunitaria y personalista* en K. Wojtyla, en su obra *Persona y acto: Metafísica della persona. Tutte le opere filosofiche e saggi integrativi*, Bompiani, Ciudad del Vaticano 2003, pp. 1167-1216.

¹⁴ Cfr. C. Cardona, *Metafísica del bien común*, Rialp, Madrid 1966, p. 63.

parte, es capaz de fecundar y rectificar a todas las culturas y patrias del mundo, dándoles así mayor riqueza y pureza. La inculturación cristiana es un proceso activo y no “adaptativo”.

El patriotismo no dialéctico, sino virtuoso, se concilia perfectamente con la visión universalista fomentada por el Cristianismo por la naturaleza misma de su misión evangelizadora. Este punto podría verse en una doble relación: con respecto al bien de la propia patria y en orden a la entera humanidad:

1. *Respecto al bien propio de cada nación o patria*: el patriotismo, como el amor a la propia familia, es una virtud que busca el *bien* para la propia patria. Esto exige reconocer que la comunidad en que vivimos, en la que hemos aprendido tantas cosas buenas, es siempre mejorable y, como todo lo humano, normalmente tendrá defectos que quien quiere bien a su patria tratará de subsanar. Esto supone el uso de una racionalidad metafísica trascendente (con la cual captamos la ley moral universal). Se evita así el riesgo de pensar que el bien cabal yo lo encontraría sólo en *mi* cultura, o que en ella encontraría un *bien inmejorable*, cosa que produciría un encerramiento en la propia cultura y una indisponibilidad para ser enriquecido por los valores de otras culturas, lo cual es una consecuencia inevitable del historicismo. El artículo que comenté de MacIntyre no es completamente claro al respecto. La universalidad del conocimiento metafísico y ético no tiene por qué confundirse con la razón abstracta del racionalismo.

Es cierto que la universalidad del saber moral no es eficaz si no se encarna en valores vividos por un pueblo de un determinado modo, con cierto talante nacional. Ésta es la tarea de la educación: dar valores encarnados. El carácter más concreto de la verdad cristiana ayuda mucho, por otro lado, a superar los límites de la razón humana universal, sometida a defectos, abstracciones y unilateralismos. Al mismo tiempo, el valor de la patria, aunque ésta y su cultura tengan una raíz y un sesgo cultural cristiano (o es deseable que así sea en el futuro), no se identifica con la religión, un punto delicado sobre el que no puedo extenderme en esta exposición. Si amamos a la patria como a la propia familia, precisamente por eso queremos para ella el bien con libertad, especialmente el bien más alto de la fe cristiana. De ahí que el patriotismo esté abierto a la variedad de religiones, dado que el bien de la patria es un bien humano y secular, amable rectamente aunque no se tenga el don sobrenatural de la fe. El nacionalismo religioso, en cuanto identifica sin más a la nación con una religión, es un

obstáculo formidable para la tarea evangelizadora de la Iglesia en el mundo y para la preservación de la trascendencia, libertad y genuinidad de la fe cristiana en la vida social¹⁵.

2. *Respecto al bien de la humanidad*: en una visión integrativa y universalista de la sociedad, se comprende que el amor a la patria debe ser complementado por el amor a las otras naciones, así como el amor a sí mismo se abre al amor al prójimo en un marco de caridad y justicia. Así pueden entenderse textos aristotélicos y tomistas donde el principio de que el bien común es “más alto y divino” que el bien particular se usa como premisa fundativa del amor a todos los pueblos¹⁶. El cristianismo siempre fomentó la apertura universalista de la virtud patriótica que lleva a valorar, aprender y contribuir al bien de las demás patrias, vistas cristianamente como hermanas¹⁷. Catolicidad significa universalidad. Este punto es más importante en nuestros días, dada la estrecha interdependencia entre los países, de modo que cualquier evento medianamente importante de una región del mundo tiene repercusiones en otros países o sectores, por lo que una visión puramente localista de la política se vuelve imposible, y también a causa de la existencia de múltiples fenómenos asociativos que trascienden las fronteras nacionales¹⁸. Hoy más que nunca el hombre está como “obligado” a ser solidario con todos los hombres, en el marco de sociedades frecuentemente multiculturales y multiétnicas.

La visión de la modernidad racionalista, tanto en su versión abstracta kantiana e iluminista como en su forma historicista y relativista, se muestra muy corta ante los problemas aquí planteados. En una filosofía metafísica realista, el patriotismo y la universalidad no sólo se concilian, sino que se reclaman uno a otro.

Juan José Sanguinetti

¹⁵ Cfr., sobre este punto, S. Belardinelli, *Patria, Stato e religione nel Ventunesimo secolo*, en “Supplemento al n. 15 di *Fondazione Libera*”: <http://www.liberalfondazione.it/archivio/numeri-speciali/745-patria-stato-e-religione-nel-ventunesimo-secolo>. Por este motivo los nacionalismos suelen ver a la Iglesia Católica Romana como una instancia anti-patriótica o por lo menos sospechosa para los intereses nacionales.

¹⁶ Cfr. Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, I, 1094 b 10 (Santo Tomás, *In I Ethic.*, lect. 2, n. 30 de la edición Marietti); *Política*, I, 1252 a 1-5 (Santo Tomás, *In I Politic.*, lect. 1, n. 11).

¹⁷ Leemos, por ejemplo, en San Josemaría Escrivá: “Ama a tu patria: el patriotismo es una virtud cristiana. Pero si el patriotismo se convierte en un nacionalismo que lleva a mirar con desapego, con desprecio -sin caridad cristiana ni justicia- a otros pueblos, a otras naciones, es un pecado”: *Surco*, Rialp, Madrid 2001, n. 315.

¹⁸ Basta pensar en la importancia siempre mayor que la Doctrina Social de la Iglesia da a la solidaridad entre las naciones (por ejemplo, en la última Encíclica de Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, y podría también citarse la *Centesimus annus* de Juan Pablo II).